





ANUNCIADA



Fabio Graffiedi

ANUNCIADA





Primera edición: septiembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Fabio Graffiedi

ISBN: 978-84-17961-48-0

ISBN digital: 978-84-17961-49-7

Depósito legal: M-28738-2019

Editorial Adarve

c/Marcenado 14

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





*Out of the night that covers me,  
black as the pit from pole to pole,  
I thank whatever gods may be  
for my unconquerable soul.*  
WILLIAM ERNEST HENLEY



*A mi padre.  
Sin una gota de mi sangre en el nombre que llevo  
basta saber que es tuyo  
para guardarlo como un hijo.  
Porque tú eres mi padre, por siempre.*





## Premisa

Hacía ya tanto que había dejado de escribir. Me conformaba con que el tiempo me pasara por encima sin lastimar, y esperaba paciente no sabía bien qué. Te había visto apagándote poco a poco con la enfermedad sin poder hacer nada, como todo el mundo.

Cuando muchos años antes me habías dicho casi llorando: « ¡pero yo sufro!» te había enseñado lo que creía un remedio mejor que cualquier psicología: el poco de confianza que tenía en la confesión. Un buen cura valía siempre más que los dobla cerebros, y antes que los medicamentos podía más el escuchar y un poco de misericordia.

Te había observado mientras volvías a florecer siguiendo el rosario con mamá y tu fe cierta casi lograba sorprenderme, dado que la mía siempre vacilaba. Sin embargo, me bastaba veros un poco más aliviados para saber que tenía razón, que era suficiente aquella semilla de mostaza para que todo siguiese. A pesar de todo el dolor había vuelto a aparecer junto con la demencia. Esperaba no entendieras, no tuvieras que volver a decirme aquella frase desesperada de quien está sufriendo solo.



En la última temporada habías tenido unos extraños ratos que parecían casi de lucidez. Una vez, con tu seguridad de antaño, me habías recomendado tener cuidado con el viejo escúter por la carretera. Tu mirada había parecido tan cierta, aunque en un cuerpo maltrecho, como para hacer pensar en un presagio.

Poco después de tu funeral, cuando un pirata me chocó en la moto cortándome dos dedos del pie izquierdo, volví a verte allá, delante de la escuela de Villalta, donde el hecho había ocurrido. Muchos años antes estábamos volviendo de la playa, y tú paraste el coche porque un camión se había metido en la escuela matando a los niños. Recordaba tu mirada sobre nosotros: todo lo que tenías. Tus ojos decían que no podrías sobrevivir a una pena tan grande porque estabas pensando en los padres de los pequeños. Tenían nuestra misma edad.

En aquel mismo lugar el pirata me había golpeado escapándose y nadie lo encontraría. Pero pensando con frialdad en la dinámica del accidente logré entender que mi ángel de la guarda había tenido que luchar bastante aquella mañana para salvarme la vida, y que tú lo habías ayudado. Aún no tenía que morir. Había algo que todavía tenía que hacer.

Me acordaba que los últimos días habían sido de agonía. Por consejo de la enfermera había llevado la miel rosada que nunca usarías. Tendría que dar un poco de alivio a aquella boca que se había vuelto una cueva oscura por las llagas. Mientras agarrabas el aire como podías te había tomado de la mano intentando rezar contigo, en

tu oído. Estaba seguro de que me habías escuchado. Tu mano apretaba la mía como si tuvieras miedo de algo. Luego te habías relajado un poco. Desde aquel momento y por unos meses, fue como si aquel brazo me hubiera transmitido algo que no me dejó. A veces unos agujonazos me atravesaban el pecho de un lado a otro, empezando por el brazo.

Más tarde, volviendo a estudiar el idioma en la isla de san Patricio, casi lo había olvidado y el dolor se había ido poco a poco. Desde entonces te había percibido cada día más cerca. Hasta cuando entré en tu despacho por no recuerdo bien qué razón y dije en voz alta:

«Vale *babbo*, a ver qué tienes que decirme».

Abriendo el cajón encontré la carpeta.

Ahora sabía qué querías decirme. Esa era la herencia y la tarea que me habías dejado.



## I

Había llovido tanto aquel año que parecía se hubieran abierto las cataratas del cielo para llorar todos esos muertos. Nunca paraba, y también el ataque en la línea gótica había sido afectado por todo aquel lodo. Los partisanos bajaban de las montañas a medida que los aliados tomaban las ciudades después de la ruptura del frente. Los evacuados estaban por todas partes, y el agua no acababa de caer acompañando esos últimos meses de miseria. El caos alternaba con ratos de exaltación por la reconquistada libertad. Las autoridades militares hacían lo de siempre en tiempo de guerra: lo posible para ganarla.

Desde noviembre, cuando las tropas habían llegado, hasta febrero, las lluvias y la nieve no habían parado de aguar el territorio ya plagado por las operaciones bélicas. Decían que todas esas explosiones habían producido una cantidad de gases tan grande como para causar el cambio del clima. Es cierto que llovía sobre mojado. Sin embargo entre la gente eso seguía siendo motivo de conversación. Como una señal del cielo, para creyentes y ateos, la naturaleza no dejaba de llorar por los crímenes de los que todavía no se conocía la gravedad.

En esos primeros días de noviembre el cuartel de los carabineros en la avenida Mazzini se había convertido en domicilio del mando de los partisanos, pero en el mes de febrero la Benemérita ya había vuelto a apoderarse de sus alojamientos, aunque todo el follón no había todavía terminado.

—¡Sargento! ¿Quiere explicarme qué es ese olor esta mañana, que parece que hemos entrado en una fosa común tras los bombardeos?

—*A ne só sgnur tenente, l'è cl'è vnú zo e fos con tota cl'acqua .*

—Sargento, ¡cuántas veces le dije que tiene que hablar italiano, que con esa lengua vuestra, sureños del norte, no se entiende nada! ¿Acaso le hablo yo siciliano?

—Perdone señor teniente, es que con tanta agua que cayó se derrumbó el foso.

—¿Y desde cuándo los fosos apestan a carroña?

—Desde que está la guerra con los bombardeos, señor teniente. Los muertos afloran por todas partes ¿sabe usted? hace un día los campesinos de aquí al lado encontraron la cabeza del burro en el cráter de una bomba, debajo de los escombros.

—¿Quiere decirme que la carroña de un animal ha quedado sepultada cerca del foso de la huerta del cuartel? Y qué bomba la enterraría si aquí no cayeron, ¡vamos a ver!

—*A ne so, l'è pin ad carogni in zir.*

—¡Sargento! ¿Qué acabo de decirle? ¿Quizá hablo siciliano?

—No lo sé, hay carroñas por todas partes.

—¡Ah! Y usted también tiene razón. De verdad hay carroñas por todas partes y con todos estos muertos que nunca acaban... ¡Y entonces! ¿Me queréis quitar esa bestia podrida que me apesta todo el cuartel, o tengo que morirme yo también para obtener un poco de limpieza?

Bien sabía el teniente lo que estaba pasando en los alrededores por aquel entonces. Tras las atrocidades de los nazis venían las venganzas. Y como en cualquier guerra civil, la confusión general servía a los peores delincuentes para disfrazarse de libertadores y realizar pillajes de todo tipo. Pagar, como siempre, le tocaba a la pobre gente preocupada de perder lo poco que le quedaba. Las milicias partisanas eran muchas pero los más influyentes en el CNL (Comité Nacional de Liberación) eran los rojos. Decir que entre ellos se escondía algún malhechor sería como blasfemar durante la misa por aquel entonces, sin embargo a eso apuntaba el teniente hablando de «carroñas».

Había alejado con desgana la taza del cafecito, que mientras tanto se había enfriado. Ese tipo de olor estropeaba el placer de su ritual de la tarde. Con lo caro que le cobraban sacar un poco de café verdadero del contrabando. Suerte que algo se encontraba desde que habían llegado los aliados, antes solo era achicoria y porquería asquerosa.

El café recalentado lo malhumoraba tanto como las malas noticias, pero ni siquiera imaginaba la que dentro de poco trastornaría su día de verdad.

La lluvia todavía no dejaba de caer y el barro se derretía en las palas y los badiles mientras intentaban excavar. La

tristeza del clima bien se acompañaba con esas épocas de incertidumbre. Todos los programas de la radio siempre acababan con la misma frase: «la guerra continúa», y solo Dios sabía cuándo terminaría de verdad.

De pronto un grito subió de la huerta haciéndole tambalear. Agarró el cinturón con el arma que se había quitado para apoyar un rato los pies sobre el escritorio y corrió hacia el patio de donde había subido la voz. Ahora se oía solo el ruido de la lluvia. Todo el mundo se quedaba de pie, inmóvil, como si hubieran visto a un fantasma; las manos agarradas a las palas casi apretasen un arma, listos para golpear a alguien que quería salirse de la fosa. El teniente apartó un poco las divisas y los impermeables para mirar allá donde todo el mundo se había fijado. En efecto, entre todos los muertos uno había que no podía aguantar quedarse enterrado y olvidado. Y bien se puede decir que se movieron cielo y tierra para sacarlo de allá. Un pobre pie humano, machacado, afloraba de todo aquel barro, como una sucia raíz quebrada por las palas. Hasta el teniente se quedó de piedra. Luego, cogiendo el badil de las manos de un alférez, encontró el valor para romper el silencio.

—¡Adelante chavales! Veamos si podemos hallar quién es ese desafortunado.

## II

La de Delina no se podía llamar una historia afortunada, la verdad.

Difícil entender por qué casi a nadie en aquel entonces se le llamara con su nombre de pila. Quizá la redonda belleza de esos nombres casaba mal con el sonido del dialecto, el único idioma hablado por la gente. Así que Ester era *La Esterina*, Dominga *La Minguina* y Gertrudis *La Tudina*.

La prima de Gertrudis tenía por nombre Anunciada, por lo menos eso se derivaba de la oficina de registro donde hasta se habían equivocado al escribir el apellido de familia. Y sabe Dios cómo llegaría a transformarse en Delina, pero lo que es cierto es que si en aquel entonces alguien hubiera preguntado por una tal Anunciada nadie se la sabría indicar, porque ese nombre se había perdido tras el griterío de los diminutivos cariñosos que sonaban como campanillas.

Delina era alegre de carácter, pero esto no le resultaba provechoso en tiempos de dictaduras fascistas, culto de la obediencia y de la familia. Otro mito que se había

ido propagando en aquella época era lo de la presencia y vigor físico. Pero Delina había nacido con un leve prognatismo de la mandíbula que, sobre todo de niña, no dejaba pensar precisamente en un modelo que pudiera de algún modo recordar el mito de la raza. No se sabe bien la motivación, pero desde la más tierna edad Delina fue encerrada en un instituto; es decir, en el orfanato.

Se da como motivación de la crueldad de un tal abandono que «desde niña la Rigoni Anunciada fue recluida en colegio porque era de carácter voluble y reducidas capacidades intelectuales, tanto que de la escuela no sacó ningún provecho».

Complicado sacar provecho de la tortura, de la obediencia, cuando se niega a un niño hasta un mínimo de cariño. Y el ambiente de un orfanato no era el ideal donde encontrarlo a buen precio. Los niños vejados, bien se sabe, se vuelven crueles como cachorros a los que se deja sin comer, a veces hasta contra sí mismos. El pequeño defecto de Dorina no le conseguía un trato de favor.

—¡Mira, tiene la cara de un perro!

—¿Quieres el hueso, perrito?

Y le lanzaban las sobras tras haberle robado lo poco que le daba el convento de las niñas huérfanas. A ella no le importaba quedarse sin comer, era suficiente que la dejaran en paz. Aquel carácter alegre se había vuelto triste y solitario. No jugaba con las demás niñas porque siempre acababan pegándola, y cuando la monja se interponía encontraba siempre más cómodo castigarla a ella; la única que no huía nunca.



—¡Siempre tú, Ñaffa! Siempre eres causa de escándalo.

Ciertos apodos salidos de la fantasiosa crueldad infantil se pegan enseguida como la tiña. Ella tenía en su carácter el don de no guardar rencor hacia nadie, y lo de no contestar a las ofensas recibidas fue pronto interpretado por las religiosas con un aproximativo: «reducidas capacidades intelectuales». Había aceptado, aunque de mala gana, el papel de última y marginada, y para complacer a las compañeras esperando que la dejaran un poco en paz había empezado a imitar el ladrar de un perrito. Un «arf, arf» que hacía reír a las otras, y que quizá le permitía sentirse un poco más aceptada. Porque ese sería su destino, volver siempre fiel y sumisa a besar la mano que la había golpeado.

Las monjas la miraban mientras interpretaba la perrita sacudiendo la cabeza. Y la consideración que tenían de ella nunca fue superior a la del perro atado en la entrada de la escuela. La escuela fascista por encima, no hacía cierto nada mejor; siempre buscando un chivo expiatorio, un ejemplo del malvado y del réprobo. Nada mejor que una perra desvergonzada olvidada en el último banquillo. Y esa torpe imitación del animal le valió el apodo que nunca más se quitaría de encima: La ñaffa.





### III

Y si es verdad que las desventuras nunca llegan solas, las de Delina tenían una forma bien rara de acontecer una tras otra.

Cuando su padre la había dejado en el orfanato era demasiado pequeña para entender, y él ni siquiera había intentado explicarle nada. Sin embargo, las pocas veces que la habían llevado al hogar, dado que con ese rostro de perro a nadie se le antojaba adoptarla, la madre había intentado decirle que con la escasez que tenían para ella era mejor estar con las monjas; por lo menos allí tenía algo que comer. Ella le creía, como siempre creía a todo el mundo. Pero en el fondo de sí misma sentía que la cosa le abría aún más la herida causada por el abandono. La verdad, no le importaba nada comer, y como todas las pequeñas criaturas humanas solo sentía una necesidad desesperada de ser amada. Hubiera muerto mil veces de hambre para que no la separaran otra vez de esos dos que aunque no la querían eran, a pesar de todo, la única forma de cariño que había conocido. Cada vez, al final de esas raras visitas, la vuelta al colegio la había vivido con

la pena de un perrito sacado de su dueño. Y para acabar con los llantos siempre había las mismas palizas y ayunos, capaces de enderezar a un *carácter voluble*.

Sin embargo el destino no quiso que la decisión de dejarla en el orfanato trajera buena suerte a esa familia de desventurados. Y Delina acabó por volverse huérfana de verdad.

Ya tenía diez años, y por aquella época a las niñas de esta edad las mandaban de sirvientas a algunas casas de señores que siempre precisaban criadas. Así el padre pensó bien recogerla para que se cuidara de los pequeños Tonino y Gina que la mujer le había dejado. A la chiquilla no le faltó la pena por la despedida de la única persona que aunque por poco tiempo, le había tenido un poco de cariño en esta vida. Pero todo eso se acompañó con una extraña sensación que le hacía sentir culpable, dado que no podía sino ser feliz de volver a su casa librándose de aquella injusta prisión. El debatirse de estos sentimientos contrarios no duró mucho tiempo en su pequeño corazón, porque tuvo que poner pronto todas sus fuerzas en una tarea demasiado grande que a menudo se deja a las niñas: criar a un hermanito de tres años y a una hermana recién nacida.

«Al quedarse huérfana de madre en 1933, es decir a la edad de 10 años, cuando aún le hacían mucha falta atenciones y consejos, el padre Rigoni Enrico la sacó del colegio para que hiciera las tareas domésticas y cuidara a sus dos hermanitos: Tonino, por aquel entonces de tres años y Gina, de solo tres meses.

«Puesta así delante de responsabilidades y privaciones demasiado grandes por ella, la Rigoni no tuvo ya ninguna buena palabra, y creció sin guía en un ambiente de privación y miseria».

Así habla la relación del tribunal. La verdad sin embargo quiso que aquella fuera una de las temporadas más felices conocidas por Delina.

Para quien había sufrido las peores carencias del corazón, como pasa a los niños pequeños que no saben explicar el porqué de lo que acontece sino que solo pueden temerlo, todas las privaciones y responsabilidades de este mundo no eran más que un juego para niños. Y la chiquilla jugaba de verdad haciendo de mamá de esos dos pequeños huérfanos, como nunca antes había podido hacer. De hecho, el primer derecho que se niega a los pequeños es el de jugar, por eso luego siempre acaban por no aprender nada más, como «reducidos en capacidades intelectuales». Porque el único secreto verdadero del aprendizaje está en la espontaneidad de sus juegos.

Para ella no hubiera podido ser más natural salirse de esa gayola para encontrarse actuando como mamá de dos nenes estupendos, socorriendo a un padre con quien siempre había soñado, pero que siempre la había rechazado. La verdad, le traían sin cuidado las necesidades: por encima, un poco se lucía del hecho de estar tan acostumbrada a ellas como para aguantarlas mejor que nadie, casi despreocupándose. Su cuerpo crecía fuerte y hasta demasiado rápido, como pasa a menudo allí donde las cargas de trabajo son excesivas. La libertad del campo

la soportaba y su carácter alegre excedía a tanta tristeza del pasado.

Unos años más tarde, un día se topó con su prima Gertrudis, que lloraba, y acordándose que hacía poco la había visto embarazada le preguntó enseguida:

—¿Por qué estás llorando Tudina, le pasó algo al niño?

Pero no contestó, sino que, escondiendo la cara en el regazo, empezó a llorar más fuerte. Por mucho que Delina intentara animarla su desesperación era tal que ni valía esa mano en su hombro para que volviera a levantar la cabeza. Sentía tanta vergüenza como para no querer ni siquiera mostrarse. Y huyó hasta de su prima; la única capaz de escucharla de verdad.

Para quien estaba bien acostumbrada a los sufrimientos de un orfanato era fácil adivinar el desasosiego de una coetánea abandonada por todo el mundo. Y aunque en el pueblo aparentaran no saber nada o no querer proferir palabra, muy poca era la retención de los cotillas, y aún más frente a una chiquilla que valoraban poco menos que a una desamparada casi tonta. Así que Delina pudo ponerse al día con el cuento del que ya todo el mundo se había enterado.

—*E bà i ni sa chi sipa.*

—¿Qué dice?

—No, dice que no saben quién es el padre.

—*Mo sé! L'era po' una chi'i munteva sora tot.*

—¿Qué?

Delina bien conocía juicios tan tajantes y baratos, otorgados con desdén por las comadres o las señoras en las tertulias y las sacristías. La traía totalmente sin cuidado. El único detalle importante que había cogido, sin

embargo, era que tras el parto la habían convencido que abandonara al niño para darlo en adopción. Otra vez se le antojaba la condena del orfanato. Y la memoria le había devuelto sus recuerdos más tristes; también los que ni siquiera dejaba aflorar del fondo de su mente.

Porque, donde la miseria humana es más profunda y el desamparo más completo, se ocultan fácilmente unos sujetos cuyo secreto inconfesable ofende la inocencia en su primer brotar. Había tardado en comprender el motivo de las caricias molestas, recién ingresada en la que parecía una prisión. Pero, dado que casi nunca las había recibido por parte de quien la debería amar, no le había sido posible entender la perversión de quien de pronto parecía ocuparse de ella. Y con el tiempo había aprendido a aguantar callada también las atenciones de las colegialas mayores, que por la noche parecían dejar de ser tan crueles para fingirse amantes cariñosas. La niña jamás había comprendido que se trataba de acoso, porque como estaba escrito en el informe, redactado con mano experta por quien debería protegerla, era de «carácter voluble», pero sobre todo «de reducidas capacidades intelectuales».

Sin embargo, Delina entendía mejor que nadie, en ese pueblo de montaña, que el niño estaba en grave peligro allá donde lo habían llevado. Y movería cielo y tierra para volver a ganarse la confianza de Tudina, convenciéndola para que pidiera que se lo devolviesen. Entre los recuerdos que había tenido que borrar para seguir viviendo había una secuencia borrosa de cuando las violencias habían alcanzado su extremo, en su edad temprana.



## IV

No muy lejos del pueblo se hallaba Sarsina, con su catedral de san Vicinio y el collar de hierro para defender y librar a los endemoniados. Junto con la tradición del santo, la pobreza y la ignorancia habían alimentado también todas las peores supersticiones. Los episodios de posesión diabólica nunca habían escaseado en esas tierras desde la época de Plauto, con sus adivinos venerados. Ahora poco quedaba de la antigua comedia, y sin embargo abundaban sectas de todo tipo, donde alcahuetas miserables vivían de sus engaños para subyugar a los pobres campesinos ignorantes y miedosos. Aquella gente se había ganado la confianza de las monjas del convento de las pequeñas huérfanas, y como zorras se habían metido tan adentro en sus faenas como para volverse casi indispensables, desempeñando cargos de responsabilidad. Viendo que la pequeña gozaba de tan poca consideración, un día pensaron llevársela para uno de sus comercios ilícitos.

La niña no recordaba bien, porque le habían hecho tomar algo dándole de beber un vaso de una sustancia

caliente y viscosa. Aquella vez, sin embargo, las molestias se habían vuelto pronto violentas, llegando hasta las brutalidades más feroces. Las caras estaban perdidas en la niebla de un gran humo de incienso y cubiertas por máscaras como las que se hallaban todavía en las paredes de algunas casas en las montañas de Sarsina. La mente había intentado borrar aquellas horas de terror pero el dolor, el dolor atroz infligido a los torturados por sus sádicos verdugos, eso no lo podía olvidar. Una vez de vuelta al instituto su andar cojeando y las pésimas condiciones en que la habían dejado no pudieron pasar desapercibidas ni siquiera por la más atareada de las vigilantes, que avisó a la superiora. Una rápida ojeada en las partes pudendas que la pequeña se apretaba por el dolor pronto reveló el horror del que debía haber sido víctima.

Recordaba que la dureza en la mirada de la monja por una vez no había sido para ella. Más bien, la hizo acompañar a la enfermería, y con órdenes tajantes y perentorios hizo que los dolores terminaran lo más pronto. Mientras le practicaban la inyección en el brazo le pareció como si se le asomara una pequeña lágrima a la superiora, que la miraba dormirse. Luego hubo muchos días de convalecencia, los mejores que nunca hubiera pasado allá encerrada desde que la habían dejado en aquel lugar. Una vez recobrada la salud casi no había vuelto a ver a esas personas, y cuando aparecían eran destinadas a tareas que las dejaban siempre fuera del recinto del convento. Pero a ella le era suficiente cruzar esas miradas solo por un momento para perder el sueño. El terror se había desva-

recido solo el día en que le habían anunciado la muerte de su madre, y por consiguiente su liberación.

Habían pasado años tras aquel entonces, y a ella ni siquiera se le había antojado acercarse a aquel sitio maldito. Aquella vez, sin embargo, mientras intentaba sin éxito convencer a la prima para que diera marcha atrás en su decisión, no había podido quedarse lejos. Y volvió a aparecer fingiéndose una vieja alumna que echaba de menos el cariño recibido por sus preceptores. Había conseguido ser recibida por una de las monjas, que sorprendida de volver a verla ya hecha toda una mujer, se había dejado llevar por las charlas, casi como si hablara con un compadre cualquiera. En eso se enteró de que la superiora había sido alejada por calumnias sobre su fidelidad al partido. Y los chivatos, todo el mundo sabía quiénes eran, pero tenían miedo de hablar.

—Y hay más, *adess i cmanda liir*. Mandan ellos, ¿lo entiendes? ¡Y si supieras lo que hacen!

Pero a aquellas alturas la riada imparable de confianzas que la había llevado casi a desahogarse de lo que no podía decir chocó con la mirada de terror y reproche de la otra, que casi no conseguía retener las lágrimas. La religiosa, con aire culpable, se apresuró a cambiar de asunto entendiendo que se había dejado engañar por su propia lengua y por su propia estupidez pero Delina no la dejó escapar. Era cierto que ella no tenía necesidad de saber lo que les hacían a los niños aquellos sucios individuos. Así que acortó enseguida:

—¿Guerrino, dónde está?

Aquella quijada prognata bien se había adaptado a su cara de mujer, sin embargo, en ese momento, le hacía parecer un perro listo para morder. La monja tartamudeó algo, una frase sin sentido, asustada por ese brusco cambio de actitud, como si se le hubiera aparecido el diablo mismo. Intentó levantarse para alcanzar la puerta pero una mano que parecía una prensa de tornillo le enclavó la muñeca en la mesa. La segunda frase de Delina llegó precisa como una cuchillada:

—Si no me dices dónde está el niño, *a l'amazçã a que sóbit*. Te mato aquí enseguida, te lo juro.

La monja, aterrorizada, no había titubeado en contestar y en lágrimas había lloriqueado:

—*I s'lé purté via lür!* (¡Se lo llevaron ellos!).

Ni siquiera se paró para escuchar los pretextos que aquella quería añadir para justificar su impotencia frente a esa gente. Delina no tenía tiempo para escuchar atenuantes a la indiferencia que ya le había dejado sola delante de los verdugos. En su cabeza ahora solo podía pensar en aquel niño, que como ella pasaría a ser parte de un ritual satánico. Y juntas se le amontonaban dentro todas las voces sobre lo que decían que les hacían a los recién nacidos, que casi nunca se volvían a encontrar vivos. Mientras pensaba ya iba corriendo hacia su prima, a quien revelaría de una vez todo lo que no había salido nunca de su boca: toda su historia.

Tan pronto como acabó, Tudina se levantó sin decir palabra, cogió la carretera para el orfanato y no se paró hasta encontrarse delante del umbral del instituto.



Una vez llegada allí empezó a golpear como desesperada, gritando que le devolvieran a su niño. Que se lo habían dado a la alcahueta aquella que todo el mundo conocía, y bien sabían lo que hacía. Que era hasta una *mammara* que acomodaba los abortos para las huérfanas que se quedaban preñadas yendo al servicio en las casas patronales. Y a que más de la mitad las había matado diciendo que había sido una desgracia. En fin, había conseguido montar una bronca tan grande que por temor al escándalo el *podestà* mismo tuvo que apresurarse a que encontraran a esa trotaconventos en un santiamén. Y cuando se trataba de aceite de ricino, hasta los satanistas se volvían pronto colaboradores.

La mañana siguiente la vieja celestina apareció sonriente frente a las dos primas llevando el bebé en los brazos; vivo por gracia de Dios. La hipócrita comenzó a gritar que se le había encontrado una familia respetable, y que las dos zorras aquellas habían venido para devolverlo a la miseria y al desamparo pero Delina, que ni siquiera había abandonado un instante a Tudina en esa noche desesperada, no le dejó tiempo de terminar. Le arrancó el niño del regazo, y mientras esta todavía intentaba oponerse le acertó un ojo con un escupitajo que mataría un moscardón. Tudina hizo aún más, y agarrando un palo en el suelo le descargó una paliza tal que esa se cayó como muerta. Y mientras las comadres se apiñaban alrededor de la víctima lanzando invectivas contra las delincuentes, ellas pudieron irse libremente con el niño, que no dejaba de llorar como un alma en pena.



Bien tenía motivo para quejarse tanto el pequeño que todavía no podía hablar. Porque solo cuando estuviera en la mili, ya de mayor, una radiografía revelaría lo que le habían hecho.

Los peores satanistas meten entre sus mejores aciertos lo de conseguir la matanza de un recién nacido. La vieja carroña, una vez descubierta y en la imposibilidad de llevar a cabo sus maquinaciones, había concebido algo tan horroroso como diabólico. Con una aguja de lo más sutil había traspasado las partes blandas del vientre del pequeño dejándosela dentro, convencida de que el niño no sobreviviría. Esto le daría un pretexto para acusar una vez más a las dos putas por haber descuidado al hijo y haber sido causa de su muerte. Pero el verdadero nombre de Guerrino era Daniel. Y como para Daniel en el foso de los leones, Dios lo socorrió volviéndolo más fuerte que el daño que le habían ocasionado. Cuando, muchos años más tarde, el médico de la aviación militar divisó la cápsula de grasa que había envuelto el objeto extraño guardándolo intacto, no pudo creer lo que veía.

—Pero Señor Daniel, ¿usted siempre ha vivido con una aguja en la barriga!

Guerrino se quedó maravillado tanto como el oficial. De ese dolor él, hijo de la guerra, no recordaba nada.